

mas; designacion de Manheim para punto de reunion del futuro congreso, lugar cuya cercanía indicaba la resolución de entrar en materia sin retardo; por último, frase irónica y hasta amarga contra Inglaterra, á propósito de la independencia de las naciones, que Francia pedia así por mar como por tierra; tal fué en sustancia la nota despachada, y que no se hizo esperar seguramente, pues de seguida se envió al mariscal Marmont, que mandaba en Maguncia, con orden de hacerla llegar á Francfort al instante. Sin duda el silencio guardado acerca de las condiciones se había imaginado para alejar toda idea de abatimiento excesivo, pues indicaba propension á aceptarlo todo; pero así se desalentaba á la coalicion si procedía sinceramente, y se le facilitaba la manera de decirse si su conducta se resentía de amañada.

Al volver Napoleon á Paris halló al público en un estado de profunda tristeza, casi de desesperacion, y con especialidad de muy honda irritacion en su contra. No se daba mano la policia á contener la manifestacion del sentimiento general, á pesar de lo muy activa y de propasarse á arbitraria. Aunque nadie, ni el mismo gobierno, conociera el secreto de las negociaciones de Praga; aunque Napoleon hubiese inducido á creer á sus ministros y hasta al archicanciller Cambaceres que las potencias habían intentado humillarle en términos de quererle despojar de Venecia, lo cual era falso, el público abrigaba el convencimiento de que si las negociaciones habían fracasado, suya tan solo era la culpa. No se le perdonaba de consiguiente que hubiera desperdiciado tan propicia coyuntura como la de las victorias de Lutzen y Bautzen para la

celebracion de la paz. Se tildaba su ambicion de extravagante, de cruel para la humanidad, y de fatal para Francia. Despues de los desastres de 1813 sobre los de 1812, no se creia ya en la posibilidad de resistir á la coalicion formidable, que desde el Rhin, el Adige y los Pirineos, amenazaba á Francia con un millon de soldados. Los escritores encadenados ó asalariados, únicos investidos con la facultad de componer gacetas, y á quienes no creia nadie ni aun cuando decian la verdad, habían recibido instrucciones del duque de Rovigo acerca de la manera de presentar las desdichas de esta campaña. Al modo que las heladas sirvieron para explicar los desastres de 1812, la defeccion de los aliados iba á servir para explicar los de 1813. Además de esta explicacion se buscaba otra en la explosion imprevista del puente de Leipzick. Segun tales gaceteros, á no ser por el crimen de los bávaros y de los sajones, á no ser por la falta del oficial que hizo saltar el citado puente, Napoleon, vencedor de la coalicion, tornara sobre el Rhin trayendo á Francia una paz gloriosa. Así no había palabras de execracion que no se prodigasen á los bávaros, y con particularidad á los sajones. A mayor abundamiento se anunciaba con una persistencia cruel y bien poco merecida, que al coronel de Monfort, inocente de todo punto de la catástrofe del puente de Leipzick, por mas que se haya dicho en contrario, se le iba á someter á una comision militar de resultados. Nadie prestaba crédito á tales aserciones, y á semejanza de los embusteros, que alzan mas la voz cuando echan de ver que no son creidos, los escritores asalariados repetian mas encarnizadamente el convenido tema, sin conse-

guir que se les diera fé ninguna.—A su loca ambicion quiere sacrificar todos nuestros hijos—tal era el clamor de las familias desde Paris hasta el seno de las provincias mas distantes. No se negaba el genio de Napoleon, peor aun, no se discurria sobre esto, para pensar únicamente en su pasion de guerras y de conquistas. El horror que infundia antes la guillotina, lo inspiraba hoy la guerra. Donde quiera no se hablaba mas que de los campos de batalla de España y de Alemania, de los miles de moribundos, de heridos, de enfermos, que morian abandonados en los campos de Leipzick y Vitoria. Se representaba á Napoleon como una especie de demonio de la guerra, ávido de sangre y no deleitado sino en medio de cadáveres y de ruinas. Francia, disgustada de la libertad por diez años de revolucion, ahora se desabria del despotismo por quince años de gobierno militar y de efusion de sangre humana de un cabo á otro de Europa. Violencias de los prefectos arrebatando á los hijos del pueblo por la conscripcion ó quinta, y por la creacion de los guardias de honor á los de las clases elevadas; atormentando con los pesquisidores á las familias, cuyos hijos no respondian al llamamiento; empleando las columnas volantes contra los prófugos que recorrian los campos; tratando á menudo á las provincias francesas como provincias conquistadas; convirtiendo en impuestos obligatorios los que se suponian donativos voluntarios, propuestos y consentidos por allegados suyos; apoderándose á la vez de géneros, de caballos y ganado por la via de las requisiciones; una policia suspicaz y siempre á caza de las especies mas insignificantes; encerrando arbitrariamente á

los acusados de proferirlas, y dándose de continuo por presente hasta donde no habia estado; una gran miseria en los puertos á causa de la total clausura de los mares; miles de bayonetas extranjeras en las fronteras, abiertas antes á nuestra industria, y no permitiendo pasar ni un fardo de mercancías; en suma, un terror indecible y universal de la invasion; todos estos males juntos y procedentes de una sola voluntad no contradicha daban una leccion cruel, que hacia olvidar la recibida á consecuencia de las desgracias de la revolucion, y que sin convertir á Francia en república, la impelia á desear una monarquia liberalmente constituida. Todos los partidos, olvidados por largo tiempo, comenzaban á levantar cabeza. Se agitaban los revolucionarios, aunque á la verdad sin ningun fruto. Adhiriéndose algunos de ellos, aunque en número corto á Napoleon, por miedo á los Borbones, á quienes aborrecian de veras, hasta deseaban proclamarle dictador, á condicion de que recurriera á medios extraordinarios y excitara al pueblo á un movimiento semejante al de 1792; pero eran maníacos que soñaban con un pasado actualmente imposible. El movimiento de 1792 no habia sido mas que una explosion de indignacion de toda Francia injustamente asaltada por Europa, y á la sazón era Europa la que experimentaba este sentimiento contra nosotros. Reanimados los realistas adictos á la dinastía borbónica por la esperanza, estimulados por los eclesiásticos mucho mas numerosos y atrevidos en la actualidad que los revolucionarios, empezaban á alzar la voz y á hacer que les prestaran oidos. Francia casi habia olvidado á los Borbones, de los cuales se hallaba separada por

sucesos inmensos, que en los espíritus hacían veces de muchos siglos, y además tenía su manera de pensar, sus lados, sus resentimientos; pero espantada del imperio, persistente en rechazar la república, se inclinaba á entender que los Borbones, contenidos por sábias leyes, podían ofrecer el medio de librarse así del despotismo como de la anarquía. Bueno es decir que solamente los hombres mas ilustrados llevaban sus miras tan lejos, pues la muchedumbre dejaba que se hablara de los Borbones por no oír hablar de la guerra, que devoraba los hijos, agravaba las contribuciones é impedía todo comercio.

Señal inequívoca de que un gobierno comienza á hallarse en peligro es el estado de los ánimos de los empleados. Así en 1813 como en 1814 los del imperio se mostraban tristes, desalentados, abatidos, y aunque algunos afectaran un celo violento, los mas, sin declararlo, tenían tanta aversión á Napoleon como sus mayores enemigos, por conocer que, al comprometerse personalmente, les había comprometido á todos. El peligro restituyó alguna independencia á los empleados de alta categoría. Ya habían manifestado á Napoleon á fines de 1812, y con mas razón se lo reiteraban á fines de 1813, que sin la paz todos quedarían perdidos, así el emperador como ellos. Los militares de la mas alta graduación, á quienes había colmado de beneficios, bien que sin consentirles su goce, se callaban revelando un descontento sombrío, ó decían duramente que no quedaba ningun recurso para sostener la guerra. Tampoco ocultaban su consternación los dos varones mas sensatos, uno del ejército y otro del gobierno, Berthier y Camba-

ceres. Berthier se hallaba enfermo: Cambaceres había caído en una devoción, tan fuera de todos sus antecedentes, que semejaba consecuencia visible de su desaliento profundo. No desplegando los labios delante de Napoleon, que es lo de costumbre cuando se da con personas incorregibles, se había limitado á solicitar su relevo, para acabar la vida en la piedad y el reposo. Otros personajes menos resignados expusieron su pesadumbre mas á las claras. Se dice que Ney soltó violentas frases: Marmont aprovechó la intimidad antigua para aventurar algunos consejos: Macdonald expresó su sentir con cierta mezcla de delicadeza y de sencillez un tanto ruda: Mr. de Caulaincourt reiteró la manifestación de su dictámen con su valor habitual y cierta especie de altivez respetuosa. A nadie se le caía la palabra de paz de los labios. Finalmente, la emperatriz, sin dar ningun consejo, por no alcanzarse quien obraba con razón á sin ella, se limitaba á llorar de continuo. Sobresaltada estaba por sí propia, por su hijo, y aun por Napoleon, á quien amaba entonces como ama una jóven al único hombre que ha conocido.

Esta idea de la paz, que perseguía á Napoleon como una reconvención amarga, le importunaba tanto mas cuanto que, despues de haberla rehusado cuando solo de su voluntad dependía celebrarla, ahora conocía que ni aun anhelándola podría obtenerla, y que desechada por largo tiempo, se escaparía á su turno al ir en su alcance; ¡singular y fatal venganza de las cosas de este mundo! Ciertamente Europa acababa de ofrecer de buena fé el reanudamiento de las negociaciones, pero de esta buena fé cabía dudar no estando en el secreto

de sus consejos, y además se podía creer probable que no persistiera en tal oferta, al descubrir finalmente nuestra debilidad, según acontecia muy pronto. Así Napoleón casi no creía en la posibilidad de una paz aceptable: únicamente la esperaba de una postrera lucha encarnizada, sostenida junto á la frontera ó ya en nuestro territorio; y dirigía á sus ocultos ó descubiertos censores las respuestas siguientes:

—Fácil es hablar de la paz, mas no es tan fácil concluirla. Al parecer nos la brinda Europa, mas no la quiere francamente. Ha concebido la esperanza de destruirnos, y una vez concebida esta esperanza, no renunciará á ella mientras no le hagamos sentir la imposibilidad de su logro. Creéis que la desarmaremos con humillaciones á su presencia, y os engañáis muy mucho. Cuanto mas os mostreis acomodaticios, se presentará mas exigente, y de exigencias en exigencias os llevará á términos de paz inadmisibles á todas luces. Os ofrece la línea del Rin y de los Alpes, y hasta una porción cualquiera del Piamonte, y á la verdad estas condiciones son seductoras; pero si os manifestais propensos á aceptarlas, de seguida os propondrá vuestras fronteras de 1790. ¿Y acaso puedo admitirlas yo que recibí de la república las fronteras naturales? Tal vez ha existido un momento en que debiéramos aparecer mas moderados, pero en la actual situación de las cosas, una condescendencia demasiado pronunciada de nuestra parte equivaldría á la revelación de nuestros apuros, lo cual alejaría la paz en vez de aproximarla. Fuerza es pelear de nuevo, y pelear á la desesperada, y si salimos triunfantes, entonces sí que debemos apre-

surarnos á concluir la paz, sin duda, y vivid seguros de que en este caso me prestaré á celebrarla con grande anhelo.

Por desgracia, lo que decía Napoleón se presentaba mas exacto de minuto en minuto, pues sucesivamente enterada de nuestra flaqueza, muy luego no se avendría Europa á concesión alguna, y para conseguir la paz sería menester arrancarla. Pero, á fuerza de haber creído harto fácilmente á Napoleón cuando no decía la verdad, ya no se le quería dar fé ni cuando la propalaba al descubierto. En el lenguaje que acabamos de transcribir solo se veía su carácter intratable, su irresistible pasión por la guerra, que ya se habia extinguido en su alma; y muchas gentes que se cuidaban poco de la paz fuera ó no admisible, de que Francia adquiriese ó no sus fronteras naturales, con tal de que, conservado el trono imperial, les mantuviera en sus destinos, decían que *este hombre*, según llamaban á Napoleón, estaba demente, que se perdía y les perdía á todos. Así, después de no querer dar oídos á la verdad en ocasión de sacar provecho, se la encuentra nuevamente bajo las mas descarnadas formas, no solo en el grito de los pueblos, sino en la aflicción de los amigos de sinceridad mas acendrada, en el desabrimiento silencioso de los amigos que tienen su interés por guía, y á menudo en la intolerancia de los mas viles cortesanos, en quienes la desesperación de una fortuna perdida llega á extinguir todo respeto.

Toda opinión desatendida, é implacable por tanto, necesita una víctima, justa ó injustamente señalada. Y una habia entonces que Napoleón no podia negar de ningun modo, no al público tenaz-

mente condenado al silencio, sino á su propia córte sobreexcitada con los peligros de la situacion presente; y aquella víctima era Mr. de Basano. Sin conocer los pormenores se sabia que en Praga pudo Francia obtener una paz gloriosa, y que el emperador la habia desechado: se sabia que éste acababa de recibir ahora una proposicion todavia muy brillante, y ciertos murmullos de antecámara insinuaban que no habia respondido de una manera conveniente; y todas estas faltas se achacaban á Mr. de Basano, de quien se decia que con su imprevision y su orgullo era causante de todas nuestras desventuras. Se daba por seguro que, en vez de ilustrar á Napoleon, se aplicaba á inducirle á engaño, como si alguien pudiera incurrir en la responsabilidad de las resoluciones de aquel carácter indomable. Sin duda Mr. de Basano habia sido un ministro complaciente, bien que mas complaciente que peligroso, pues es dudosísimo que, aun uniéndose á Mr. de Caulaincourt, hiciera prevalecer en Praga una determinacion saludable. Sin embargo, debiera intentarlo para salvar cuando menos su responsabilidad propia, ya que no alcanzara á salvar á Francia. Ahora se le abrumaba con la injusticia inherente á la pasion de continuo; y Mr. de Caulaincourt, que le miraba de mal ojo por no haberle sostenido en Praga, y Mr. de Talleyrand, que ocupaba sus ocios en hacerle objeto de mofa, aseguraban que para obtener la paz convenia ante todo persuadir al mundo de que se deseaba de veras, y que el modo menos humillante de acreditarlo sin linage de duda era destituir á Mr. de Basano.

De consiguiente Napoleon resignóse á este sa-

crificio, primera é inútil expiacion de sus faltas. Harto sabia que Mr. de Basano distaba de ser el delincuente verdadero, y que en este ministro se queria atacar su persona; con todo, y aun costando no menos á su justicia que á su orgullo, se avino á retirarle de los negocios extrangeros, tanto apretaba el peligro, y de tal modo se le alcanzaba, que asi dentro como fuera, convenia dar satisfacciones á la opinion airada. De esta suerte, bajo los gobiernos despóticos, á la manera que bajo los libres, son castigados los instrumentos de los errores, bien que mas á expensas del orgullo del soberano, como que se ve reducido á condenarse á sí propio, al aplicarles el castigo; confesion mortificante é infructuosa las mas veces, por llegar el sacrificio cuando el mal no tiene remedio.

Solo eran capaces de reemplazar á Mr. de Basano, ó Mr. de Talleyrand ó Mr. de Caulaincourt, los dos autores de su caida. Al pronto pensó Napoleon en el primero, de mas autoridad, aunque menos estimado que el segundo en Europa. Con su rara sagacidad política veia Mr. de Talleyrand acercarse el fin del Imperio, aun cuando no tan á las claras que se decidiera á rehusar la direccion de los Negocios Extrangeros, á la cual debia su grandeza. Pero desconfiando del despotismo de Napoleon tanto como desconfiaba Napoleon de su fidelidad, no quiso consentir sino al precio de permanecer gran dignatario. Ahora bien, sobre este punto se habia formado Napoleon un sistema, consistente en que el poder ministerial y la calidad de gran dignatario no se reunieran por ningun individuo. En su imperio, tal como lo habia imaginado, los grandes dignatarios, emanacion de la auto-

ridad soberana, altos celadores de uno de los ramos administrativos, tenían algo de la inviolabilidad del monarca y también de su carácter augusto. Por consiguiente no quería que fueran inviolables sus ministros, y Mr. de Talleyrand menos que ningún otro. Pero Mr. de Talleyrand se empeñaba en serlo bajo tal soberano, á lo menos hasta donde fuera posible. Por esta mezquina causa no llegaron á estar acordes, y de resultas Mr. de Caulaincourt subió á ministro de Negocios Extranjeros. No se podía encontrar otro mas estimable, ni estimado, ni mejor acogido por Europa.

Napoleon aprovechó la coyuntura para hacer algunos otros cambios en el ministerio, unos consiguientes al efectuado, otros que tenía en proyecto de antiguo. Al retirar á Mr. de Basano del ministerio de Negocios Extranjeros, no entendia dejar á tan fiel servidor sin destino, y le restituyó el de secretario de Estado, que le volvía á colocar en la confianza mas íntima del monarca. Esto era tornarle al punto de partida de su ambicion, pero no habia otro arbitrio que ceder á la opinion, ya mas fuerte que Napoleon por entonces. Mr. Daru desempeñaba la secretaria de Estado, y menos razon existía para dejar sin destino á un personage, cuyo sacrificio no deseaba la opinion ni tampoco el monarca. Administrador íntegro, firme, infatigable, siempre detrás de Napoleon en sus mas difíciles campañas, partícipe de todos sus peligros, en mas de una ocasion habia dado Mr. Daru muy provechosos consejos, segun rumores; y nadie hubiera visto en su separacion una ventaja para los negocios. Pensándolo asi Napoleon fióle uno de los ministerios de la Guerra. El general Clarke, duque

de Feltro, tenía á cargo la administracion del personal, y Mr. de Cessac la del material. Este último ya habia prestado muchos servicios, y aun era capaz de prestarlos; pero, obligado Napoleon á hacer huecos en los destinos, le concedió un anticipado reposo, no sin añadir muestras de distincion harto merecidas. Mr. Daru sucedió á Mr. de Cessac. Por último, el gran juez Reynier, duque de Massa, magistrado recto y laborioso, no podia ya soportar las fatigas de una vasta administracion á causa de su edad avanzada. Ya Napoleon, á pesar de estimarle mucho, le habia relevado temporalmente de sus funciones, por consecuencia de una enfermedad prolija, y eligió esta ocasion para hacerlo definitivamente, nombrando en su lugar al conde Molé, prendado á la vez de su reputacion, de su modo de pensar y de su talento. Mas no queriendo dar visos de desgracia á este relevo del duque de Massa, determinó darle la presidencia del Cuerpo legislativo. No se contaba el duque entre sus miembros, y por consiguiente no existía la eventualidad mas remota de que su nombre figurara en la lista de los candidatos que dicha asamblea tenia derecho de presentar para la presidencia. A bien que semejantes obstáculos nada significaban entonces; y asi fué cosa resuelta introducir un cambio en la Constitucion por medio de un senatus-consulta, á fin de que el Cuerpo legislativo no tuviera ya parte en el nombramiento de su presidente con la presentacion de candidatos. De cierto no era momento oportuno de causar desagrado á un cuerpo, que á tenor del ejemplo corriente, al parecer cobraba valor á medida que Napoleon perdía fuerza: sin embargo, siguióse adelante, y este senatus-consulto

to, menos indiferente de lo que se pudiera creer á primera vista, se preparó á la par que otros de mayor utilidad y urgencia.

En visperas de una lucha suprema con Europa, se trataba de encontrar hombres y dinero en abundancia y á toda prisa, y estos dos medios esenciales de toda guerra estaban agotados. Por el anterior mes de octubre, y antes de pasar de Dresde á Leipzick, encargó Napoleon á Maria Luisa que se presentara al Senado, con el fin de obtener la conscripcion de 1815, que debía suministrar ciento cincuenta mil reclutas, y además un alistamiento extraordinario de ciento veinte mil hombres, sobre los mozos que de los sorteos de 1812, 1813 y 1814 habian salido ya libres. No puso el Senado mayor dificultad en conceder estos doscientos ochenta mil hombres que la opuesta en entregar á Napoleon otras tantas víctimas de la guerra, ya sepultadas en las llanuras de Castilla, de Alemania, de Polonia y de Rusia. Desgraciadamente era mas facil decretar que ejecutar estos enormes alistamientos, cuyo pronto éxito se hacia muy deseable por necesario.

De los doscientos ochenta mil hombres llamados en octubre, no se debía considerar en aptitud de servicio inmediato á los procedentes de la conscripcion de 1815, pues, á causa del sistema de las anticipaciones, solo se tendrían soldados de diez y ocho á diez y nueve años, esto es, niños, bizarros, pero débiles é incapaces de sobrellevar los rudos trabajos de la guerra. Europa habia visto perecer á miles de estos niños que, fogosos en el campo de batalla, muy luego morian de fatiga por los caminos ó dentro de los hospitales. No los queria así

Napoleon de ningun modo, y su idea, al pedir la conscripcion de 1815, se encaminaba á formar una reserva que llenara los depósitos y ocupara las plazas fuertes. Por consiguiente solo se debian contar los ciento veinte mil hombres de las antiguas clases. Pero este alistamiento, único provechoso, era de ejecucion árdua, pues habia que rebuscar hombres anteriormente sorteados y que, despues de responder á muchos llamamientos con sustitutos, se veian recargados tres y aun cuatro veces. Así este recurso á las clases anteriores, á pesar de proporcionar la mejor calidad de soldados, naturalmente presentaba el escollo de excitar la irritacion de los mas violentos, y de requerir contemplaciones que hacian los llamamientos mucho menos productivos. Por ejemplo, habia que renunciar á los hombres casados, á los individuos que se consideraban necesarios para sus familias, y si, cuando se reclamaban cien mil hombres, se reunian sesenta mil, habia que tenerlo á fortuna. Fundado en la urgencia de las circunstancias ideó Napoleon recurrir á las clases anteriormente libertadas, y echar mano de todos los solteros, no retenidos por las razones más legítimas en sus hogares. Calculando en trescientos mil los individuos que podria juntar por tal medio, mandó redactar un senatus-consulta que le autorizara á remontar de 1813 á 1803, para sacar de las clases anteriores dicho número de soldados. Estos trescientos mil hombres unidos á los doscientos ochenta mil decretados por octubre, hacian subir á cerca de setecientos mil los de los alistamientos que se iban á ejecutar durante el invierno; y hay que decir que jamás se hicieron á una poblacion llamamientos, ni tan exhor-

bitantes, ni tan ruinosos para las generaciones futuras. No se temía la oposicion del Senado, sino la de las familias, y muy dudoso era que ni aun con la ley en la mano se les atrajese á satisfacer tales exigencias. Ciertamente si los seiscientos mil hombres en cuestion se hallaran juntos, instruidos é incorporados á tiempo, con ellos habria de sobra para rechazar á la coalicion mas allá de las fronteras. Pero con la sublevacion de los ánimos en contra de la guerra, con la opinion reinante de que se hacia por Napoleon tan solo ¿cuántos responderian al llamamiento oficial entre estos seiscientos mil soldados? ¿Y sobre todo, cuánto tiempo se necesitaria para convertirlos en ejércitos regulares? Nadie podia asegurarlo. Con todo, acostumbrado Napoleon á la sumision de los pueblos, y á la incapacidad y lentitud de sus enemigos, esperaba sacar gran parte de los hombres llamados, y tener de tiempo hasta el mes de abril para prepararlos á la próxima campaña. Sobre esta doble suposicion se fundaron todos sus planes.

Pero llegasen mas ó menos pronto, fuerza era pagar á estos seiscientos mil hombres, y la hacienda imperial, tan bien administrada durante quince años, á semejanza de todas las partes de su poderío, acababa de sucumbir por consecuencia del abuso. Se ha visto como sus presupuestos de 750.000,000, sin contar los gastos de recaudacion que montaban á 120, se habian elevado sucesivamente á 4,000.000,000, despues de la anexion de Roma, de Toscana, de Iliria, de Holanda, y de las ciudades anseáticas. Habiendo tomado gigantescas proporciones la guerra desde 1812, sin incluir los gastos de recaudacion calculóse el presupuesto

de 1813 en 4,491.000,000 de francos. Durante la última campaña los gastos que se satisfacian del presupuesto ascendieron á 600 ó 700.000,000, y se conceptuó que en totalidad llegaria á la suma, enorme para aquel tiempo, de 4,300.000,000, que con los gastos de recaudacion subirian á 1,420. De esta suerte pasóse en dos años de 4,000 á 1,400.000,000 de gastos, y si se toman en cuenta los valores de entonces, se comprenderá cuánto gravámen suponía tan considerable guarismo. Sin embargo, nada importaba si á todo se conseguia hacer frente. Mas fuera de los 400.000,000 de excedente de gastos, imputables á la guerra, acontecia que los ingresos producian 70.000,000 de menos con relacion á los calculados; y, por consiguiente, iban á faltar para las atenciones del año hasta 170.000,000, ya por excedente de gastos, ya por insuficiencia de ingresos. Otro déficit habia aún más embarazoso. Por no apelar á empréstitos, ni recurrir á contribuciones, habia imaginado Napoleon vender los bienes comunales, y realizar anticipadamente sus valores por medio de bonos de la caja de amortizacion. Cuarenta y seis millones de estos bonos se aplicaron al presupuesto de 1814, 77 al de 1812, y 149 al de 1813; y este recurso se habia frustrado del todo. Solamente se pudieron vender unos 10.000,000 de estos bienes comunales, á causa de las formalidades que eran prolijas, de la miseria que era extremada, y de la desconfianza que era general. No teniendo empleo los bonos emitidos se hallaban expuestos á una depreciacion creciente, y eso que á lo sumo se habian ofrecido al público, de 25 á 30.000,000, cuidándose además de no distribuirlos más que á los

contratistas. A pesar de esta precaucion ya perdian de quince á veinte por ciento. Asi es que se iba á pasar á la vez por la privacion de los 272.000,000 que habia que sacar de estos bonos, y de los 470.000,000 que faltaban para el presupuesto de 1813, todo lo cual sumaba un déficit de 442.000,000, déficit abrumador para una época en que no habia medio de crédito alguno, á no dirigirse á todas las cajas del Estado y de la corona, para obligarlas á recibir los bonos de la Caja de amortizacion. Diez millones se habian dado al Banco de Francia, 62 á la Caja de servicio, 52 al Tesoro extraordinario, cosa que, segun hemos dicho, ya agotaba sus posteriores recursos.

No quedaba mas que la caja particular de la corona, que contenia lo aborrado por Napoleon de sus asignaciones. Gracias á su admirable espíritu de orden habia economizado bajo este concepto, y en otro lugar se ha dicho, no menos de 135.000,000 de francos. Sucesivamente habia colocado 17.000,000 en el Monte-Napoleon de Milan, 8 en el Banco de Francia, 4 en las salinas, 13 habia prestado á la caja de servicio, y 26 empleó en la compra de bonos de la caja de amortizacion. Además de 3 ó 4.000,000 para las necesidades corrientes de la corona, le quedaban 63.000,000 en oro y plata, depositados bajo una bóveda de las Tullerías; recurso extremo que guardaba precisamente, no para tener medios de vivir en el extranjero, si allá le conducia la mala fortuna (ruin prevision muy por debajo de su ambicion excelsa) sino para sostener la última lucha contra la sublevacion universal de los pueblos.

Con excepcion de estos 63.000,000 de francos,

Napoleon habia vaciado todas las cajas, para obligarlas á tomar los bonos que representaban el precio de los bienes comunales. Habiendo logrado asi hacer uso de los 150.000,000 de estos bonos, en el déficit total de 442.000,000 ya citado, aún resultaba la suma de cerca de 300.000,000, y á esto no sabia como hacer frente, ya agotados por completo los recursos todos.

En semejante estado de cosas no habia mas arbitrio que recurrir al impuesto. Y realmente, dirigiendo Napoleon á la poblacion á título de urgencia la demanda enorme de seiscientos mil soldados, bien podia pedirla bajo igual concepto, algunos centenares de millones. Además, lo de recurrir al impuesto se habia evitado esmeradamente hasta ahora, y asi era lo único que permanecia intacto, bien que las contribuciones indirectas, impopulares en todos tiempos, fuesen á la sazón muy atacadas bajo el título de *derechos reunidos*. Pero las contribuciones directas aun podian soportar un nuevo recargo y aun bastante fuerte. Sin más que añadir 30 céntimos sobre la contribucion territorial de 1813 era fácil proporcionarse 80.000,000, casi realizables al punto; y en lo posible cabia obtener otros 30.000,000 por la duplicacion de la contribucion moviliaria. Acordóse, pues, en consejo, que se exigiria la derrama de estas sumas durante los meses de noviembre, diciembre y enero. A esto agregóse el aumento de un quinto sobre el impuesto de la sal, y de un décimo sobre las contribuciones indirectas. Semejantes recargos debian producir acto continuo 120.000,000 sin demasiada angustia, bien que debiendo proveer más tarde acerca de las imposi-